

EIDER RODRÍGUEZ

# Ortigas

## Antología de relatos

Traducción:  
EIDER RODRÍGUEZ



## ÍNDICE

Carne.....	9
Gatos .....	19
La muela .....	37
Y poco después ahora .....	53
Preferiría no tener que mentir .....	67
Actualidad política .....	79
Bellevue .....	87
El verano de Omar .....	93
Susana, el guerrillero y el poeta.....	121
<i>Entre hermanos</i> .....	126
<i>Iban y tú</i> .....	131
Sed.....	135
Ojos de abeja .....	143
Ceniza.....	151

# Carne

*Para Nerea, Kepa y Zigor*

«Y decirte que todo está  
igual, la ciudad, los  
amigos y el mar,  
esperando por ti.»

No sé si se debe a la brisa marina o a la frustración que me crea ver tanta hembra fresca tan cerca y tan lejos, pero esta perspectiva me sirve, sacio mi hambre a través de la escritura. La playa de Hendaya, de día, es un sentimiento, esta ciudad que no es nada, que no está en ningún lugar, que pertenece a gentes que no son. Hospitales, aeropuertos, campos de concentración y la playa de Hendaya. Más que por la claridad o por el bramido de este lugar, mi pasto está compuesto por el micromundo que habita este rincón, un mausoleo vivo que representa todas las tendencias del país, desde la izquierda hasta el centro.

Aquí, bajo este sol pleno y puro, me libero. En mi opinión, el sol sirve para eso: te va abrasando en silencio, si afinas el oído podrás escuchar las chispas y ese olor a quemado. Porque el sol duele, y ese dolor eclipsa los demás dolores.

Me gusta la zona rocosa de la playa: las gaviotas se posan sobre los huecos que ha dejado la historia en las peñas, Las Gemelas en-

torpeciendo el nacimiento mayestático del horizonte. Hoy en día, esos a los que llaman homosexuales se han adueñado de esta parte de la playa; tan pronto extiendes la toalla se tumbará a tu lado algún culo estrecho de pecho adolescente. De cualquier manera, siempre ha sido un lugar sin igual para ver mujeres tersas y sacar provecho de esas que con ojos viscosos y dientes a puñados proclaman «¡Es natural!», siendo el único precio a pagar el tener que mostrar la propia desnudez. No sale caro.

Milagros de la memoria retroactiva: soy capaz de recordar aquel día como si fuese hoy. Eran las diez de la mañana y, aunque el sol abrasaba, la playa estaba casi desierta. A un lado, los *falsettos* de los parisinos charlando sobre problemas domésticos con maneras de quien habla de cosas serias, como el carácter económico de los ejes mundiales. Al otro lado, un par de zapatos junto a una joven yegua, dando a entender que no había ido sola. Empujé las gafas de sol hacia la punta de la nariz para observar con mayor claridad: veinte años y sin petachos blancos sobre su cuerpo. No se trataba, pues, de alguien que buscaba nuevas sensaciones en la playa nudista. Ulises se acercó desde la orilla, envuelto en neopreno, con el arpón erecto. Se desenfundó la vaina, en medio segundo. He de reconocer que él también era un buen trozo de carne. Revolió su pelo mojado sobre la chica, e imaginé sus sorprendidos pezones hiriendo aquel cuerpecito. Parecía como si los pechos le hubiesen crecido la víspera. Más allá, una mujer pálida y un hombre negro de unos treinta años, tumbados sobre la hierba. La mujer llevaba una gruesa capa de crema en el rostro. Tenía el cabello rojizo recogido en un pañuelo de estampados africanos. El hombre miraba el mar apoyado sobre los codos, y aunque sabía francés, hablaba desde la garganta, como a golpes. La chica estaba boca abajo, la cabeza sobre sus manos, y agitaba las pestañas durante los silencios del negro. Le escuchaba con admiración, vigilando en derredor de vez en cuando. No conseguí oír lo que decían, pero entendí « *mon pays* », un « *mon pays* » rotundo y lejano que salía de su oscura

garganta. La pelirroja, cada vez que el hombre pronunciaba esas palabras, le acariciaba el muslo, maternalmente, diría yo. Estaba claro que se trataba de un *cassos*, de un *cas-social*, como las llaman aquí. También yo he conocido alguna que otra infeliz como esta, también yo he sabido beneficiarme de su enfermedad; pero si algo he aprendido es que todos esos polvos no compensan la décima parte de la ayuda psicológica que hay que prestarles. Podía imaginármela contándoselo a los compañeros de trabajo, vestida con ropa étnica, «Ahmadou nació en Costa de Marfil y vino a Francia hace dos años, su país está muy muy mal», etcétera. Verborrea bajo la hipnosis ejercida por el pene pendular del negro, todo el pseudoizquierdismo de aquella mujer, el esfuerzo realizado durante toda una vida para liberarse como mujer destruido por la capacidad hipnótica de aquel hombre, para quien, por otro lado, las mujeres no sirven más que para mantener ordenada la choza y hacer perdurar la raza. Estaba escribiendo algo parecido, calentándome a medida que el bolígrafo rasguñaba el papel, imaginándome la media sonrisa del pequeño lector que llevo dentro.

No lo pongo en duda: la mía es una filia extraña. Aún no soy capaz de comprender por qué acepté este trabajo. Me desagrada pensar que pueda ser por necesidad de afecto. Y realmente no creo que sea así. Es algo más cercano al sexo. Durante mucho tiempo he tenido como objetivo hacer reír a las mujeres, al principio a través de la charla, más adelante a través de la escritura. Con el paso del tiempo, los objetivos se han ido difuminando, y ahora solo me queda la costumbre de tener que hacer reír. Pero estos días he recordado cuál era la motivación que me llevó a ello: el ansia de dejar al descubierto sus encías. Hubo una época en que solo me calentaba al ver aquella carne húmeda, antesala del sexo. Y hacedme caso, no hay manera de equivocarse: las encías granates anuncian coños frescos y saludables, y las parduzcas, en fin..., mejor dejar a un lado ese tipo de recuerdos.